

y exactores y proclamando su independencia (462-453). Inaro de Libia que se había puesto á la cabeza del movimiento, recurrió á los atenienses, quienes despacharon en su ayuda los doscientos bajeles armados contra Chipre, y vencidos los persas tuvieron que encerrarse en Memphis. Sacando entretanto partido su general Megabazo del gran número de canales, llegó á variar el curso del Nilo, quedando en seco la flota de los atenienses; pero éstos, antes que dejarla caer en poder del enemigo, la incendiaron, y se preparaban á abrirse paso á cetro en mano cuando les fué concedido por un tratado, pereciendo casi enteramente en la retirada el corto número de los que habían sobrevivido á los combates y enfermedades. Otros sesenta buques enviados de refuerzo fueron echados á pique por los fenicios. Cimon, á quien la victoria se mostraba fiel reparó estos desastres, y meditando la importante conquista de Chipre, sitió desde luego á Salamina. Cansado ya entonces Artajerjes de una guerra desastrosa de cincuenta años, pidió y obtuvo la paz (449). Fueron las condiciones del tratado que permanecieran libres todas las colonias griegas del Asia; que las flotas persas se mantendrían á tres días de distancia de la costa occidental; que ninguno de sus barcos pudiera navegar ni en el mar Egeo ni en el Mediterráneo; que los atenienses evacuarían á Chipre no inquietando más á los estados del gran rey. Tales fueron las condiciones dictadas por una ciudad griega al más poderoso imperio.

No vió Cimon la conclusion de esta paz, muriendo de resultas de una herida. General de los mas venturosos en el campo de batalla, no fué ménos hábil en negociar los tratados y captarse la benevolencia del enemigo. Rico en suaves virtudes, benévolo; modesto, urbano, se obstinó gloriosamente en el designio de arrojar á los persas de Europa y proporcionar la paz á los griegos; demasiado probó con su pérdida cuán necesaria era su influencia para conseguir este último resultado.

#### CAPITULO IX.

Guerra del Peloponeso

Del mismo modo que al romperse el dique se lanzan las olas que él detiene, así las mal

disimuladas rivalidades se desencadenaron á la muerte de Cimon. Fueron ya de combate el enemigo común, el sentimiento de union se extinguió del mismo modo. Ya no es necesaria Atenas, y desde el tratado con Artajerjes hasta la batallas de Cheronea trascurrieron 111 años de paz exterior y de interior carnicería.

Duraba aun la tregua de cinco años cuando los delfios disputaron á los demas focidios la posesion del famoso templo de Apolo. Prestaron los espartanos el apoyo de sus armas á los primeros, colocándose de parte de los segundos los atenienses por consejo de Pericles (448). Este había disuadido á sus conciudadanos de hacer la guerra á los beocios, y como ésta tomó mal giro se aumentó tanto su popularidad, que para ser rey no le faltaba más que el nombre, sabiendo además conservarla con prodigar los tesoros públicos en fiestas y magnificencias. Forzadas á pagar las ciudades aliadas para los placeres de Atenas el triple de lo que había sido convenido, pasaban de las quejas á las amenazas; y Pericles no hacia gran caso, persuadido como lo estaba de que si se atrevían á levantar la cabeza sabría domeñarlos y cargarlos con más impuestos. En efecto, Tasos, Naxos, Egina, Eubea, Samos y otras pequeñas islas se insurreccionaron, pero no recordando que la fuerza consiste en la union, fueron vencidas (446) una á una por Pericles, desmanteladas y obligadas á recibir guarnicion ateniense y pagarla. A la cabeza Pericles de cien velas, costeaba las riberas del Peloponeso recorriendo el Ponto Euxino para inspirar una elevada idea de Atenas, que ensalzaba hasta las nubes á su héroe; gobernando su patria á su gusto, no le hacia sentir los inconvenientes inherentes al gobierno popular, evitaba con cuidado toda imprudencia y procuraba hacer creer que él era el todo de la grandeza de Atenas.

Entretanto el partido aristocrático jamás había cesado de oponerle obstáculos, siendo Tucídides uno de sus principales adversarios. Inferior á su rival en el campo de batalla, superior á él en las deliberaciones, tuvo no obstante que sucumbir desterrado por el ostracismo, dejó á los nobles sin crédito y á Pericles árbitro supremo del gobierno (444). Este tomó á pechos hacer triunfar la democracia en las ciudades aliadas, principalmente en Samos, que se le

rindió despues de nueve meses de asedio (440). De esta manera elevó el tesoro por sus triunfos, haciendo á Atenas más poderosa que lo que lo había sido anteriormente en la Grecia.

Para atestiguar á vista de todos la supremacia de su patria, invitó á los griegos á enviar diputados á Atenas con objeto de deliberar sobre los medios de cumplir los votos ofrecidos á los dioses para la expulsion del extranjero. A este llamamiento acudieron los estados más lejanos, pero los de Europa, conociendo que era admitir á Atenas como capital y sede de sus deliberaciones, lo conceptuaron una afrenta, fermentando más los gérmenes de descontento que existían. Manifestóse el primer resultado de esta disposicion de los ánimos con diferencias entre Corintio y Corcira, su colonia, la que envaneada con sus riquezas sufría impacientemente la dependencia. Habiendo enviado los corintios á Epidamno (Durazzo), colonia de Corcira, socorros contra las insurrecciones de los bárbaros, se consideraron los corcarios gravemente ofendidos. Derrotaron á los corintios cerca de Acctium, armando cuarenta buques (435) volvieron á tomar á Epidamno, aniquilaron todo lo perteneciente á los corintios, arrasaron su territorio y el de sus aliados, enconándose hasta con Elida, tierra santa de la Grecia.

Temiendo los corcarios una venganza despues de estas hazañas, pidieron socorro á Atenas, que se apresuró á concedérselo, gozosa como estaba con humillar á las provincias septentrionales y conciliarse una isla que podia favorecer los proyectos formados sobre la Sicilia y la Italia, vedando el paso á los buques que fuesen en ayuda del Peloponeso. Aunque despues de cortas hostilidades, la tregua con Esparta fué renovada por treinta años; se podia fácilmente preveer que nada duraría entre dos ciudades ávidas de dominacion. No queriendo los atenienses romper abiertamente con los corintios, se limitaron á hacer con Corcira una liga defensiva, y cuando ésta fué atacada despacharon diez galeras, que reunidas á las ciento diez que Corcira tenia, consiguieron una señalada victoria.

No deseando ya desde entonces los corintios sino suscitar enemigos á los atenienses, impelieron á Perdicas II, rey de Macedonia, á que

se libertase de la dependencia de Atenas, y á Potidea, llave de sus posesiones en Tracia, á que le rebusase el tributo. Acudieron los atenienses para hacer entrar en su deber á esta ciudad, y siendo sostenida por los peloponesios se siguió una batalla (432) no dejando por eso de ser sitiada Potidea. A un agravio se siguen mil. Quejóse Megara de que Atenas en castigo de haber dado asilo á los fugitivos le había cerrado sus puertos queriendo hacerla morir de hambre; de ser reducida á la esclavitud Egina, alegando otras sus ofensas, é impulsándola Corintio á elevar sus quejas á Esparta. Repugnaban los hombres prudentes de esta última ciudad atraerse sobre sí todo el poder ateniense, pero aquellos que deseaban la guerra ganaron la partida. En Corinto fué donde se reunieron los diputados de las siete repúblicas del Peloponeso (guardando la neutralidad Argos y Acaia, y de los nueve estados de la Grecia septentrional permanecieron fieles la Arcania, algunas ciudades de la Tesalia, Neupata y Platea), decretándose la guerra para libertar á Potidea.

Despertóse con la tempestad Atenas viendo á qué trance la había arrastrado su amadísimo Pericles; empeñáronse los poetas satíricos en ostigarle sin descanso, denunciando como causa de este incendio á Aspasia, alma de Pericles y delicia de los que pagaban sus favores (432). Guardaba ésta rencor á los megarios porque le habían robado dos jóvenes de su comitiva: *Por tres rameras*, decia Aristófanes, *se pone á la patria al borde del precipicio*. Acusado Anaxágoras, maestro de Pericles, de impiedad, fué condenado á muerte; mas la elocuencia del discípulo hizo conmutar la sentencia, libertándose el filósofo con la multa y el destierro. Se vió imputar á Phidias, gran escultor y hechura de Pericles, el haber sustraído una parte del oro que se le había confiado para la estatua de Pallas, y haberse representado á sí mismo y á su protector, siendo tambien condenado. De los amigos de Pericles pronto se pasó á él, pidiéndosele cuenta de los tesoros que había administrado; pero se justificó segun unos haciendo ver cuán pobremente vivía dentro de su casa, y segun otros, ofreciendo pagar con su peculio todos los monumentos erigidos en Atenas, á condicion de que se haría inscribir su nombre.

No quiso consentir en ello la vanidad ateniense, y satisfecho el pueblo con su justificación, se convirtió en favor de Pericles, que consiguió así decidiese la guerra distrayendo de esta manera la idea de pedirle cuentas.

Rompieron primeramente la tregua los tébanos, atacando á Platea, que habia permanecido fiel á los atenienses, mas éstos enviaron tropas para sostenerla. Atestada la mina hacia largo tiempo, no aguardaba sino esta chispa para estallar. Descendió Esparta á la lid como protectora de la libertad griega, teniendo de su parte á los principales estados de la tierra firme, el Peloponeso, Megaria, la Locrida, la Phocida, la Beocia, las ciudades de Ambracia y de Anactorio; además la isla de Leucades, aliadas libres y exentas de todo tributo. Por su parte Atenas, potencia marítima, tenía las islas de Chios, de Samos y Lesbos con todas las del Archipiélago, escepto Melos y Thers, que permanecieron neutrales. Obedeciendo por fuerza á su tiranía en su mayor parte Corcira, Jacintho, las colonias griegas del Asia anterior y de las costas de Tracia y macedonia, y en Grecia las ciudades de Neupacta. Platea y Arcanania.

(431—404). Era necesario para mantenerlas en su deber una numerosa flota, y su mantenimiento exigía enormes gastos. Declaró Pericles que tenía en caja 6.000 talentos, además de las inmensas riquezas depositadas en los templos, y que podían ser empleadas para bien público. Consistían las rentas de Atenas en los 600 talentos que anualmente pagaban los aliados, en los productos de las aduanas y minas de plata del monte Laurio, en el impuesto sobre los extranjeros y en la contribucion que pagaban los ciudadanos bien acomodados debiendo los de la primera clase equipar además los buques y soportar los gastos que ocasionaban los juegos y representaciones teatrales. Se ha computado en 2.000 talentos las rentas annales de Atenas; pero algunas veces los fondos del estado se encontraban dilapidados, no tanto por las malversaciones de los administradores, cuanto por las pretensiones de la muchedumbre, acostumbrada con la condescendencia de Pericles, á vivir casi únicamente á expensas de la república; estándolo tambien por la remuneracion asignada á los ciudadanos que asistían á los juicios y asambleas.

En Esparta era todo lo contrario, puede decirse que aún ignoraba todo lo que era rentas; no reconoció la necesidad sino cuando aspiró á ser potencia marítima y cambió en grandes empresas las pequeñas incursiones á que habia limitado su ambicion.

Podía disponer Pericles de doce mil guerreros y de trescientos buques, sin contar las guarniciones y tropas de sus colonias; el enemigo le oponía sesenta mil hombres; debía consistir, pues, su plan en decidir por mar la contienda, en cuidarse poco de las vejaciones cometidas en el territorio, mucho de la pérdida de los soldados y en no arriesgar batallas de éxito dudoso. Cuando Atenas no era aún la capital de la Grecia, la abandonó Temistocles á los persas y fué vencedor. Alejandro abandonó Moscou á Napoleon y tambien venció. ¿Más cómo podía Pericles tener valor de exponer la ciudad que tanto habia engrandecido y hermoheado? Lejos de eso armó diez y seis mil hombres de guardia urbana, elegidos entre aquellos que habian pasado ó estaban cerca de cumplir la edad requerida para el servicio militar. Más hábil, sin embargo, en conducir una intriga que en combinar los mortíferos preparativos de una guerra, procedía con más timidez que prudencia; más bien como caduco anciano que como experimentado general.

Avanzaban lentamente los espartanos bajo el mando de su rey Archidamo, devastando la desierta campiña, mientras que los atenienses hacían extragos en las costas del Peloponeso. Esta guerra que durante veinte y siete años asoló la Grecia y segó la flor de sus guerreros, debe ser considerada más bien como una lucha de principios que como una guerra de nacion á nacion. Esparta se hallaba á la cabeza de la faccion aristocrática y Atenas representaba el partido democrático. Todo lo ponía por obra esta última con objeto de hacer prevalecer en los demas estados la muchedumbre sobre los grandes, mientras que su rival procuraba siempre hacer triunfar la oligarquía entre sus aliados como entre sus vencidos. Las guerras de esta especie son por lo comun mortíferas en extremo. Fácil era además prever que teniendo Atenas fuerzas superiores en la mar, y sus enemigos en tierra firme, se causarían gran

daño por una y otra parte antes de ventilar esta gran querrela.

Cuando los atenienses hacían un desembarco en la costa, los espartanos y sus aliados acudían á defender su territorio dispersándose por una y otra parte y desembarazando la Atica; pero volvían pronto con sus fuerzas que habian permanecido intactas, de modo que en tres años fué más bien un salteamiento que una guerra. Volvía el invierno la paz, ó más bien se ocupaba en hacer los aprestos para nuevos combates y en celebrar solemnemente los funerales de los guerreros muertos por la patria.

Habiendo sido asolada la campiña del Atica, tuvieron sus moradores que refugiarse en la ciudad, donde tenían que sufrir para su alojamiento y alimento todos los inconvenientes que trae consigo una afluencia extraordinaria de poblacion, siendo ya la consecuencia de crueles padecimientos las enfermedades y la gran mortandad, llegando á colmar todos los males la peste, que es el más temible azote (428). Procedente de la Etiopia habia empezado por desolar el Egipto, invadió entonces la Grecia, declarándose ptemeramente en el Pireo, expuesto al contacto de los extranjeros y desprovisto de esos lazaretos instituidos por una época de civilizacion que quisiera destruir la nuestra. Desarrollóse el contagio con síntomas tan espantosos sobre una muchedumbre aniquilada por continuas privaciones, amontonada no solo en las casas, sino tambien en los templos, teatros, y aún entre las almenas de los baluartes y á lo largo de las murallas del Pireo, que resistía á todos los remedios precipitando repentinamente al sepulcro. Mas ¡ay! el gran número de víctimas no consintió al poco tiempo darles sepultura y llenar este deber tan piadoso como saludable. Yacían los muertos amontonados como habian espirado ó como los habian arrojado á las calles ó plazas, afligiendo la vista, infestando la atmósfera, y comunicando á la plaga un nuevo alimento. Añadíanse á tan gran calamidad las supersticiones, los desórdenes y las brutalidades de todas clases. Esparciase la voz de que el enemigo habia enviado emisarios para envenenar los pozos, y desgraciados de aquellos sobre quienes recaía la sospecha. Parecía que querían entregándose ávidamente á groseros placeres, apresurarse á

gozar de una vida que se les escapaba. A lado de numerosos ejemplos de una compasiva caridad se ofrecían los de una perversidad repugnante. Muchos miserables morían blasfemando, y si levantaba los ojos al cielo era para maldecirlo por confundir al inocente con el culpable. Se mantuvo esta terrible peste sobre los atenienses con más ó ménos intensidad, durante cerca de dos años, volviendo á empezar de nuevo sus estragos, de manera que cinco mil hombres que habian sido alistados en el ejército fueron arrebatados por ella. Por este dato se puede juzgar el número de las demas víctimas.

Habiéndose frustrado algunas empresas de Pericles, acusado de haber propagado el contagio con sus expediciones, cayó en desgracia del pueblo, el cual le destituyó y condenó á una multa. Devolvióle, aunque por poco tiempo, su elocuencia el versátil favor de sus conciudadanos; despues de haber visto sucumbir á todos sus hijos y á su patria comprometida hacia dos años y medio en una desastrosa guerra ocasionada por su ambicion, fué tambien atacado por la peste (423), y reunidos sus amigos alrededor de su lecho recordando sus grandezas y triunfos, los interrumpió con débil voz diciéndoles:—*Los generales, los soldados y la fortuna han tenido su parte, lo que me consuela en esta hora es pensar que no he hecho llevar luto á ningun ciudadano.*

¿Quería engañar á su propia conciencia, ó abusar de la posteridad? Tan difícil es lo uno como lo otro. Inspiró su muerte doble confianza al enemigo, que se aprovechaba, como se puede imaginar, del miserable estado en que se hallaba Atenas. Ensanchóse el teatro de la guerra luego que los atenienses contrajeron alianza con los reyes de Tracia y Macedonia, y que los espartanos procuraron ligarse con la Persia. No nos enseñan otra cosa los siete años que se siguieron á la muerte de Pericles más que el grado de habilidad á que puede llegar el hombre en el arte de dañar á sus semejantes. Habíase rendido los habitantes de Platea bajo promesa de que se les conservarían las vidas; pero queriendo complacer á Tebas los espartanos, reputados entre los griegos como modelos de probidad, hicieron degollar judicialmente á doscientos

tos de los principales ciudadanos y demoler su ciudad.

Encontráronse los sitiados en Potidea (428), reducidos á tal extremidad, que se alimentaban de carne humana. Temiendo Esparta que los ilotas no intentasen alguna sublevacion, fingió dar libertad á dos mil de ellos, los más recomendables por su valor; fueron paseados por la ciudad adornados de guirnaldas de flores, haciéndolos marchar despues sin que se oyese hablar más de ellos.

No se respetaba ni por una ni por otra parte el sagrado carácter de embajador, como si se hubiese querido anonadar todo medio de reconciliacion. Encerraba Lesbos, isla la más grande y poderosa del Mar Egeo, varias ciudades florecientes, en cuyo número se contaba Mitilene, que cuando se introdujo el gobierno republicano en la isla habia entrado en lucha contra Metymno y otras ciudades que sometió con el resto de la isla y una parte de la Tróada. Afamada por la vida regalona que se pasaba en ella, no ménos que por ser cuna de Arion, Therpandro y Metymino, despues de Sapho y Alfeo, tuvo por legislador á Pitaco, uno de los siete sabios de la Grecia. Despues de la guerra médica celebró alianza con Atenas; pero como ésta abusaba del poder, prefirieron los mitilenios la guerra con la libertad á la paz con la servidumbre; pero los atenienses los redujeron á tal extremidad que tuvieron que capitular (427). Habia heredado Cleon el ascendiente de Pericles; era un hombre mediano, de lenguaje adulator, é imprudente demagogo que no sabia aconsejar más que los partidos violentos. Triunfó á veces del peligro por haberle hecho frente sin conocerlo; pero la casualidad que podia hacerle vencedor no podia hacerle un buen general. Persuadió al pueblo que para dar un solemne ejemplo era necesario asesinar á todos los mitilenios, reservando para la esclavitud sus mujeres é hijos. Venciendo su opinion se dieron las órdenes para obrar con arreglo á ella; pero en una nueva asamblea supo Deodato despertar en los atenienses algunos buenos sentimientos que produjeron que se despachase un trireme que á fuerza de remo llegó felizmente cuando se leia el decreto y pocos momentos antes de ser ejecutado (427). Se redujo el castigo á la matanza de un millar de los principa-

les ciudadanos, siendo desmantelada la ciudad, apresados los buques, repartidas las tierras entre los atenienses y el resto de habitantes sometidos á un tributo; se adoptaron tal vez semejantes deliberaciones en la misma plaza en que se elevaba el altar de la Piedad. Cuando añadamos que en plena asamblea decretaron los atenienses que se cortaria la mano á todos los prisioneros para imposibilitarlos hasta de manejar el remo, se concebirá una triste idea de su civilizacion tan ponderada y se sabrá á punto fijo á cuántos horrores debieron entregarse en las batallas é invasiones.

En otras partes se cometian tambien otras barbaries. Cuando esperaban mil doscientos corcirios, que habian sido conducidos prisioneros á Corinto, sufrir toda especie de males, fueron por el contrario tratados de la manera mas cortés, queriendo probarles los corcirios que su amistad era preferible á la dominacion de Atenas. Vueltos á su patria, se dedicaron á separarla de Atenas; pero contrariados por los demócratas, penetraron en el Senado dando la muerte á sesenta de sus miembros los mas favorables á Atenas, en donde los demas pudieron ponerse en salvo. En medio del desorden que se siguió, sobrevinieron los espartanos; y oponiéndoles hombres y mujeres una intrépida resistencia, las llamas devoraron la mitad de la ciudad, y llegando refuerzos á ambos partidos se empeñó un mortifero combate entre los ricos y el pueblo que acabó por conseguir la victoria, pasando á cuchillo en su furor salvaje á sus adversarios.

De esta manera la guerra, cuya direccion no era regulada por ningun plan, no parecia tener por objeto la victoria, sino la destruccion de la más hermosa parte del mundo. Corociendo el espartano Brasidas, general de los que comunmente producen las revoluciones, que nada decisivo tenia que esperar en los mares de la Grecia, se dirigió hácia Macedonia, y habiendo concluido una liga contra los atenienses, sometió y redujo varias ciudades de Tracia, tomó á Amphipolis, cuyo territorio era rico en maderas de construccion, disponiéndose á conquistar á Tasos con sus minas de oro. Fué desterrado Thucídides por haber defendido mal á Amphipolis, y Cleon enviado con una nueva flota (424); pero habiendo éste presentado ba-

talla pereció en ella, como tambien Brasidas, dejando á los espartanos una victoria caramente comprada con la muerte de tal general (422).

Desanimados los atenienses, acabaron por pedir seriamente la paz, segun parecer de Nicias, general tan prudente como valeroso, y á quien la muerte de Cleon colocaba en el primer puesto de Atenas. Era un hombre modesto, de irreprehensibles costumbres, de personal denaudo, aunque en sus decisiones tardo é irresoluto. Se celebró una paz de cincuenta años á instancia suya, si bien subsistieron las causas de la guerra. Suscitábanse quejas por todas partes, siendo fácil prever que las hostilidades se renovarían tan luego como á un ambicioso le conviniere. No tardó en aparecer este ambicioso en la persona de Alcibiades, sobrino de Pericles. Reflexionando su tío un dia sobre los medios de dar al pueblo las cuentas pedidas, le dijo Alcibiades: *Deberias más bien reflexionar en los medios de no rendirlas.* Desde luego podia ya augurarse por este consejo, seguido exactamente, el carácter de su autor, en quien la intriga y vanidad suplían la verdadera habilidad y el patriotismo. Hermoso, rico, elocuente, instruido, recomendado al pueblo por la memoria de Pericles, debia de estar dotado de raras cualidades, pues Sócrates le amó tiernamente, le salvó la vida en el combate de Potidea é hizo cuanto pudo para atraerle al buen camino. Tal vez empleaba con su maestro aquella versatilidad que le permitia mostrarse á su gusto, ó el hombre más virtuoso ó el más desenfrenado libertino. Vivía entonces en Atenas Timon, extravagante que se titulaba el Misántropo, porque hacia profesion de odiar á la especie humana. Se presentó un dia en la tribuna, y siguiéndose un gran silencio en el que la atencion fué general: ¿Qué puede venir á proponer el Misántropo? se preguntaban todos. «Ciudadanos, dijo, tengo en el patio de mi casa una higuera, de cuyas ramas algunos de vosotros se han ahorcado ya; tengo intencion de echarla abajo y he querido avisároslo por si alguno tiene todavia la intencion de ahorcarse, que se apresure á hacerlo.» Habia adivinado que Alcibiades sería funesto á su pais, por lo que le miraba con buen semblante, considerándole autor de la futura ruina de Atenas. Tal podia llegar á ser, en efecto, el que sabia con sus agudezas hacerse

perdonar sus maldades. Si quiere distraer la atencion de un proyecto que medita, expone al pueblo un cuadro en que está representado en carnes, en brazos de cortesanas desnudas. Si sabe que se murmura de su licenciosa vida, manda cortar la cola á un hermosísimo perro que le habia costado más de 12.000 reales, y ya no se habla en Atenas más que del perro mutilado. De fijo éste conocia al pueblo.

Habiendo reconocido que el único medio de conservar la preeminencia á su patria era impulsarla á la guerra, contrarió á Nicias, haciéndole sospechoso de connivencia con los espartanos, proporcionándole la ocasion que deseaba la dilacion que éstos habian puesto en la evacuacion de Amphipolis. Rompiéronse, pues, las hostilidades, y alióse Atenas á los argios y Esparta á los tebanos, corintios y megarios; hubiera esta última aniquilado á su rival si hubiera tenido un general ó se hubiera fiado de él por lo ménos; pero desconfiaba de sus mejores capitanes, colocaba al lado del rey Agis seis éforos que, revestidos con el derecho de oponerse á lo que quisiera hacer, le sujetaban en todos sus movimientos. Limitóse, pues, la guerra durante tres años (419 á 415) á socorrer por una y otra parte á los aliados amenazados, hasta que la batalla de Mantinea, ganada por los espartanos, hizo sucumbir el partido ateniense y desbarató los ambiciosos proyectos de Alcibiades.

Habian pretendido los atenienses que la isla de Melos se sometiese á ellos, diciendo en plena asamblea á sus enviados, que pertenecia á los fuertes el dominar á los débiles, pues el cielo lo queria así. No se rindieron los isleños á razones tan antiguas y modernas á la vez, y determinaron permanecer neutrales; fueron entonces atacados, vencidos y exterminados; los hombres asesinados, y las mujeres y los niños reducidos á la esclavitud. Despues de haber gozado de setecientos años de tranquilidad, esta isla, ya desierta, fué vuelta á poblar por medio de nuevas colonias (416).

Existia la lucha perpétua en lo interior de Atenas entre Alcibiades y Nicias, entre los jóvenes llenos de temeridad, y los hombres maduros dirigidos por la prudencia, entre la violencia popular y la pusilanimidad que suspiraba por la paz. Un cierto Hiperbolo quiso arrojar en medio con la esperanza de elevar su